porte entre los necesitados; y aun no satisfecha su alma, marcha á Cartagena, visita allí á los coléricos y reparte socorros; siente los síntomas de la enfermedad reinante, es aconsejado regrese á Murcia, mas antes redacta y eleva al Monarca una exposición pidiendo indulto para los penados de corta condena ó á quienes falte poco para cumplir. Otro Obispo, el de Segorbe, instala en su palacio un hospital de coléricos, donde asiste personalmente á los enfermos, á quienes ha dado ya hasta las *ropas blancas de su uso;* otro Obispo, el de Teruel, sostiene en su palacio diariamente á 160 familias; y el de Palencia, hecho un apóstol, recorre, acompañado de dos canónigos y subdelegado de Medicina, los pueblos apestados. El ilustrísimo señor Obispo de Tortosa reparte todo el dinero de su peculio al desgraciado, ofrece su torre de Bitem para trasladar asilados, visita á los atacados de la enfermedad reinante en Roquetas, y está consagrado moral y materialmente á los que sufren por causa del terrible azote.

El primer Obispo de Madrid-Alcalá, á pesar de las gravísimas ocupaciones que son consiguientes para el arreglo y constitución definiva de su nueva diócesis, visita todos los dias los sitios más infestados, socorre generosamente á los enfermos y á los pobres, y consuela á todos con las exhortaciones de padre y pastor cariñoso de su afligida grey.

Los Prelados de Ávila, Salamanca, Cuenca, Tarazona, Córdoba, Huesca y en fin, todos los de España, obran del mismo modo.

El Arzobispo de Granada, de esa perla de Andalucía convertida en cuartel de la muerte, ocultando su dignidad episcopal bajo el modesto manteo de sacerdote, y acompañado de su secretario, recorre las casas y lleva al pobre y al enfermo pan para el cuerpo, consuelo para el alma.

El sabio y eminente Arzobispo de Sevilla, entregando su alma á Dios en medio de un pueblo de apestados, es el testimonio vivo de lo que puede la caridad que se anida en los ministros del santuario.

El Arzobispo de Valladolid, con el ardiente celo é incansable actividad sólo comparables á su piedad y su ciencia, apenas llegó á la capital de su diócesis, después de cumplir en la coronada villa la delicada misión que le confiara el Papa, ha visitado los hospitales de coléricos y ha recorrido las casas de enfermos y necesitados en las parroquias más castigadas por la peste; y el venerable purpurado de Zaragoza, con sus setenta y seis años, subiendo hasta los sotabancos para socorrer y consolar al pobre y al epidemiado, son un elocuente mentís de las calumnias y dolorosas reticencias de la prensa impía, á la par que un testimonio irrefragable de que en nuestra patria y en la jerarquía eclesiástica se conserva vivo el espíritu de caridad heredado del divino Maestro.

*La Correspondencia* ha publicado este telegrama:

«*Teruel*, 24 (11, 40 m.).—El Ayuntamiento ha suspendido los socorros á las familias pobres, y enfermos coléricos. Ignórase la causa.

»Nuestro virtuoso Prelado se ha hecho cargo de todos los pobres, socorriéndolos generosamente.

»¡Dios bendiga tanta caridad!» *(sic)*.

Si después de recordar algunos rasgos del Episcopado español fijamos nuestra atención en el clero, veremos á este siguiendo á sus Prelados, como el pueblo gentil vió al diácono Lorenzo seguir al Papa San Sixto hasta la cárcel Mamertina, gritándole el Mártir aragonés: *Señor, señor, ¿cómo vais á ofrecer el sacrificio sin que os haga compañía vuestro diácono...? El diácono jamás debe desviarse del lado del Pontífice... Justo es que el hijo haga compañía á su padre, y no es razón que la oveja se aleje de su pastor.*

Por esto el clero todo sigue el hermoso ejemplo de sus Prelados. ¿Qué hospital ha quedado huérfano de sacerdote? Ninguno. ¿Qué parroquia infestada ha visto huir á su párroco...? Ninguna. ¿Qué regimiento ha sido abandonado por su capellán? Ninguno, ni en la guerra, ni en la paz, ni en los cuarteles, ni en los hospitales de coléricos. ¿Qué epidemiado rico ó pobre, niño ó anciano, ha llamado al sacerdote sin que éste le haya escuchado? Ninguno: sacerdote ha habido, como el joven de Aranjuez, que ahogando los gemidos del alma ante el cadáver de su madre, único sér que le quedaba en la tierra, y que cayó á sus pies herida por la peste, siguió prestando á sus desgraciados paisanos y convecinos los auxilios de la Religión; y párrocos, como el de Cubillas de Cerrato (Palencia), que después de haber perdido á una hermana, víctima de la epidemia,



disponíase á confesar á su propia madre, á quien veía también próxima á la muerte, y cuyo inenarrable acto pudo evitar la oportuna llegada del Prelado y del canónigo señor Maté: por esto decía en el epígrafe de estas líneas: ¡SI NO GRATITUD... JUSTICIA AL MENOS!

Cuanto más medito este punto, más me parece ver la gran figura de San Carlos Borromeo, apóstol de la caridad, personificada en nuestro Episcopado, y al gran Vicente de Paul, providencia del desvalido, en el sacerdocio católico de mi patria.

Mártires de la caridad ha dado el Episcopado en nuestros días y los está dando; mártires de esa virtud divina ha dado el clero, que sigue en todas partes ofreciendo el holocausto de su vida en obsequio del apestado.

La continua necrología de sacerdotes que nos da la prensa, víctimas del celo apostólico, es otro dato más por el que el sistemático detractor del clero puede ver como vuelan al cielo, piadosamente juzgando, con las alas de la fe y de la caridad cristiana, Prelados como el de Sevilla; canónigos-dignidades como el arcipreste de Salamanca; beneficiados como el de Segorbe, que dió su vida por ir á salvar el alma de los apestados de Soneja; misioneros como el P. Mach; curas propios y ecónomos como los de Villalonso, Jadraque y otros muchos; tenientes curas como el del Real Patrimonio de Aranjuez; párrocos castrenses como el de Orihuela; capellanes de ejército como el del primer batallón del regimiento de Gerona; capellanes de la Armada como el Sr. Maldonado ¡que ha dado la vida á los veintiseis años! y humildes sacerdotes de aldea, en fin, como el de Mucientes.

Las Órdenes religiosas también han dado su contingente, y unos y otros están dispuestos, confiados en el auxilio de Dios, á seguir con paso firme el camino del deber y el de la caridad cristiana, no obstante de saber que el mundo no guardará sus nombres y de que la impiedad no dejará de perseguirlos; el clero todo seguirá acudiendo en masa á socorrer á sus hermanos á pesar de las vilezas é ingratitudes, de las calumnias é infamias que el lápiz y la pluma, la lengua y el libro vierten de continuo contra el Catolicismo y sus ministros. La historia y la razón declararán ante el tribunal de la verdad que el único ejército, los únicos soldados que mueren en la brecha defendiendo los intereses salvadores de la sociedad, son los soldados de Cristo y las instituciones católicas.

Si lo que en el mundo el hombre más ama es la vida, y la vida la pone el clero á disposición del hombre, ¿por qué el hombre es ingrato con el clero? Por esto exclamaba al comenzar este artículo: ¡SI NO GRATITUD... JUSTICIA AL MENOS!—*Manuel Olmos Álvarez.*—(De la *Revista Popular.*)

---

**Las epidemias.**—El acometer grandes empresas por la gloria de Dios, y el bien de los hombres, es patrimonio exclusivo de los fieles hijos de la Iglesia católica. En ellos subsiste el verdadero amor divino: y como éste, se manifiesta principalmente con obras de caridad; si á todo hombre le es connatural el compadecerse de sus semejantes, para el fervoroso católico es una gloria el sacrificarse por sus hermanos. El espectáculo admirable que con motivo del cólera están dando al mundo los sacerdotes, comunidades religiosas, asociaciones y fieles caritativos, nos recuerda los hechos extraordinarios de caridad, los actos heroicos de amor del prójimo que se practicaron en la Iglesia desde los primeros tiempos del Cristianismo. «Conocemos á muchos fieles, decía San Clemente (Epist. I, n. 7), que de propia voluntad, porque otros quedasen libres, se cargaron de cadenas: hubo quien se vendió por esclavo para con su precio dar de comer al hambriento.»

Y cuando el Señor en sus inescrutables designios, para que el hombre soberbio olvidado de su último fin, vuelva en sí, y conozca su miseria, ha dejado sentir sobre el mundo el terrible azote de su justicia irritada; entonces los fieles, animados del espíritu de su divino Maestro, instruídos con sus palabras y alentados con la eficacia de sus auxilios sobrenaturales, sobreponiéndose á la flaqueza de las fuerzas humanas, han llevado á cabo esas empresas sublimes, é inconcebibles á todo entendimiento no alumbrado por la antorcha de la fe, cuyas limitadas miras no van más allá de lo terreno y despreciable que perciben sus sentidos.

Corria el año 252: á las horribles guerras en que ardía el Imperio romano, siguió una espantosa epidemia que dejaba desiertas las ciudades y los pueblos. Los cristianos, tan perseguidos y odiados, eran los únicos que acudían sin temor del contagio, á visitar, consolar y socorrer á los enfermos de todas las clases y condiciones de la sociedad.

¡Y cuántos, dice San Dionisio de Alejandría, por socorrer á los mismos paganos contrajeron la enfermedad y perdieron la vida! Á muchos sacerdotes, diáconos y seglares distinguidos, cogió la muerte ocupados en tan glorioso ejercicio. Todos creían que morir por tal causa era tan meritorio como sufrir el martirio. Los paganos, por el contrario, apenas empezó la peste, huyeron y se alejaron aun de las personas más allegadas: arrojaban los enfermos medio muertos en las calles y caminos, y por temor del contagio no daban sepultura á sus cadáveres. ¡Tan grande era el terror y miedo que les infundian los apestados! (1).

Lo que se vió en el siglo III ha pasado en todos los tiempos en que las calamidades han afligido al género humano. Y en todas las ocasiones, así como al principio los católicos fervorosos, estuvieron al frente del peligro esos centinelas avanzados, esos ejércitos escogidos de la Iglesia, las Órdenes religiosas. Á mediados del siglo XIV, procedente del Asia, se extendió por toda Europa aquella horrible peste que causó innumerables víctimas.

«Hubo un tiempo, escribe Petrarca, en que casi todo el universo estuvo despoblado: las casas sin familias, las ciudades sin habitantes, los campos incultos y cubiertos de cadáveres. ¿Cómo podrá creer esto la posteridad, si apenas lo podemos creer nosotros, que estamos viéndolo con nuestros propios ojos?»

Algunos calumniadores de la Edad Media atribuyen á la ignorancia tanta mortandad. Son de esos presuntuosos sabios para quienes la ciencia ha descifrado todos los misterios, y ha vencido todos los imposibles de la naturaleza. Entonces, como ahora, la ciencia es limitada. La epidemia de entonces y el cólera de ahora, son un misterio, son un castigo de Dios con que quiere humillar la soberbia infatuada de sabios impíos, y un aviso con que fomenta la fe de los humildes y la religión de los pueblos. Y en medio de aquella confusión y espanto que causaba la epidemia, ¿quiénes eran el consuelo de los enfermos y moribundos? Las Órdenes monacales y los demás religiosos, que llenos de caridad despreciaban la muerte, y no temían dar la vida por sus hermanos á imitación de su maestro Jesucristo. Consolaban á los apestados, les administraban los auxilios espirituales y corporales, y conseguían que, si no les era dado arrebatarlos á la muerte, entregasen resignados su espíritu en manos del Criador.

Esta ha sido siempre la práctica de los fervorosos hijos de la Iglesia, opuesta enteramente al espíritu y modo de proceder de los mundanos.

¡Singular coincidencia! En el siglo III los gentiles huyen de los apestados, y abandonan á sus mismos hermanos y parientes; en el siglo XIX han hecho poco menos los masones: entonces los cristianos sin temor alguno á la muerte auxiliaban á los moribundos; hoy hacen lo propio los sacerdotes, los religiosos y los fieles caritativos.

En el siglo XIV, cuando llenos de terror y de espanto huían de las ciudades sus habitantes, las comunidades religiosas luchaban á brazo partido contra tan terrible enemigo. También entonces, como en todos tiempos, hubo almas generosas que, despreciando la muerte, deseaban ocupar los puestos de mayor peligro.

Para los incrédulos podrá ser esto un enigma; mas para todo hombre de razón, y para los que tenemos fe, ni son un misterio los actos heroicos de caridad que nos aconseja nuestra sacrosanta Religión, ni puede sernos un secreto el proceder de hombres que, como algunos secuaces de Darwin, sólo ven en el enfermo un animal inútil, un obstáculo para el desarrollo y perfeccionamiento de la humanidad: ó como los impíos que, negando la existencia de otra vida y el premio cien veces doblado de las obras buenas, todo su bien y felicidad se reconcentra en la conservación del propio sujeto y en el disfrute mayor posible de los goces terrenales.

Si alguna vez observamos que tales hombres desprecian el peligro, podrá ser efecto,

(1) Euseb. *Hist. eccl.*, l. VII, c. 17.



no de su ordenada razón, sino de un sentimentalismo exagerado, de un imponente respeto humano ó de un calculado interés. No se verificará en ellos, como en los imitadores de Jesucristo, esa ley constante, universal é invariable, de todos los tiempos y de todas las condiciones, que en iguales circunstancias produce siempre los mismos consoladores efectos. No tienen *caridad;* y la *filantropía*, cuando se exigen grandes sacrificios, es palabra vana, es árbol estéril que no produce frutos.

En estos tiempos en que la impiedad ha conseguido hacer aborrecibles al pueblo á los que fueron siempre su consuelo y paño de lágrimas, en que el ignorante jornalero como el culto literato, á fuerza de alimentar su entendimiento con lecturas infames y calumniosas, se han formado del religioso la imagen de un enemigo de la humanidad, creemos importantísimo presentar una estadística de algunos de los muchos sujetos que, inflamados en el fuego de amor de Dios y del prójimo, sacrificaron gustosos sus vidas auxiliando á los apestados. ¡Qué actos de abnegación vemos en sus vidas! ¡Qué sacrificios tan heroicos! ¡Qué prodigar su salud y su vida por el bien espiritual y temporal de sus hermanos! Con razón se llaman *héroes* de la caridad y *mártires* del amor del prójimo.—(Del *Mensajero del Corazón de Jesús).*

---

Con suma satisfacción damos cabida en las columnas de *El Siglo Futuro* á la siguiente carta:

«*Sr. D. José María Nocedal.*

»Valladolid 30 de Octubre de 1885.—Queridísimo amigo José María: Cumplo muy gustoso la promesa que hice á Vd. en la anterior semana una tarde, que yendo de paseo por las afueras de esta ciudad, me preguntaba qué proezas se habían verificado aquí durante el cólera, y yo le contesté que ya le respondería en las columnas de *El Siglo Futuro.*

»Proezas, hechos gloriosos dignos de conmemoración y de renombre se han llevado á cabo en Valladolid y su provincia. Proezas, hechos gloriosos que no han dado estrépito, que no han tenido eco de sonoridad en la trompeta de la fama, y que, sin embargo, han sido nobles, han sido grandes, han sido santos.

»Los desagradecidos humanos acaso los olvidemos pronto, pero Dios los tiene apuntados ya en los anales de su gloria, y cuentan ya en el cielo con un testigo presencial y cronista, Sor Juana Zavala, religiosa de San Vicente de Paul, que, víctima de la epidemia, ofreció su vida en aras del más caritativo celo, y de la mayor abnegación cristiana. ¡Bienaventurada para siempre!

»Sus hermanas de la residencia del manicomio provincial, fervorosamente animadas y dirigidas por su dignísimo capellán el Sr. D. Hipólito de Luís, tuvieron á su cargo todo el mes de Agosto el hospital de coléricos del alto de San Isidro, sin que por eso decayese un punto su habitual solicitud con los 500 alienados reclusos en su benéfico establecimiento, de los que tuvieron 160 invadidos y 80 muertos.

»Los grandísimos trabajos que pasaron en uno y otro sitio, prestando en el primero sus servicios cuasi á la intemperie, y con unas variantes atmosféricas de las más rudas que puede Vd. figurarse, y luchando en el segundo con todos los graves inconvenientes que la falta de razón presenta para poder tratar y combatir una enfermedad tan horrorosa, pruébanlo de un modo bien elocuente las muchas bajas que entre sí tuvieron, pues de 16 religiosas que constituían la comunidad, 10 fueron invadidas, y una, la mencionada Sor Juana, resignada y valiente hasta el heroísmo, puede decirse que murió en su puesto de honor sin abandonar el servicio de sus enfermos, hasta que advirtiendo que no se podía tener ya de pies la relevaron. ¡Oh sublime caridad cristiana, cuánto te cuesta satisfacer á Dios por el positivismo egoísta de los hombres nada más de carne y hueso!

»Del mismo admirable modo se comportaron las Hermanas de la Caridad del hospital de Santa María de Esgueva, que siendo solas 10 en aquella residencia, y sin desatender los 70 enfermos que ordinariamente tienen en su establecimiento, prestaron incomparables servicios dirigiendo las cocinas de las conferencias de San Vicente de Paul, que daban de comer diariamente á unos 500 pobres, dirigiendo la cocina de la parroquia

de San Juan Bautista, en la que cuotidianamente se alimentaban unos 200, y dirigiendo todo el mes de setiembre el hospital de coléricos de San Isidro, en cuyas barracas de tablas se dejaban sentir con prematura y grande intensidad el frío y las humedades del otoño, y cuyas cuentas precisamente arregladas por una de estas religiosas que hizo de administradora, llamaron justamente la atención de las autoridades.

»Bien se conocían en todos estos servicios la discreción y celo de su capellán Señor Llamazares, autor de un proyecto de Sociedad de auxilios espirituales y materiales entre los Sacerdotes desvalidos, que al conocerlo nos ha parecido muy excelente y bien pensado, y que auguramos le ha de hacer digno de las estimaciones de todo el Clero.

»¿Y qué elogios bastante exactos podría yo decir de las Hermanas de San Vicente de Paul que tienen á su cargo la casa de Beneficencia? Un establecimiento en que se albergan 300 asilados, y que se constituye en uno de los primeros y más espantosos focos de la epidemia cruel, más que cruel, cebándose en aquellos achacosos y débiles ancianos que pagaron 50 víctimas en la primer semana de las invasiones, un establecimiento así hubiera desaparecido todo entero, á no ser por la serenidad de ánimo que logró infundir á todas aquellas naturalezas cuasi muertas el virtuosísimo é incansable capellán D. Miguel Duque, secundando las acertadas disposiciones de las esforzadas Religiosas, que con muchísima higiene, con incesantes cuidados, con palabras de valor y de consuelo, y con sentidas oraciones y prácticas piadosas, lograron levantar el espíritu de aquellos abatidos viejecitos, y detener y cerrar el paso á la implacable epidemia.

»No merecen menores encomios las Hermanas de la Caridad del Hospital provincial y del Hospicio Casa-Cuna, que sin descuidar á los 600 y pico de asilados de sus establecimientos, salieron también á cuidar los coléricos de Peñafiel y otros pueblos donde las autoridades las mandaron.

»Si estuviéramos al habla, de seguro que ya me habría Vd. observado que nada le cuento de las siervas de Jesús. ¡Ah las siervas de Jesús! Éstas son unas mujeres verdaderamente excepcionales, que prestan su asistencia á los enfermos en un domicilio distinto cada 12 ó 24 horas, sin poder guardar ellas un régimen ó método de vida, porque no tienen descanso fijo, acuden á donde las llaman y á cualquier hora que soliciten sus servicios, desafiando los rigores de los elementos, saliendo ahora de los confortables gabinetes para entrar en seguida en las miserables zahurdas, comiendo lo que les den y siempre diferente y unas veces bien y otras mal condimentado.... repito, son unas mujeres verdaderamente excepcionales. En esta ocasión ellas han llevado aquí el peso de toda la campaña. Cuando todavía no teníamos cólera en esta ciudad, fueron á prestar sus servicios á Valdestillas, y desde que se declaró en Valladolid, comenzaron asistiendo á la desgraciada familia Moliner que perdió en dos días la madre y cinco hermanos, y no han cesado un momento (incluso la Superiora) en los dos meses que ha durado la epidemia, que también por su celo ellas pasaron.

»El Clero se ha colocado á una altura inconmensurable. Desde los Padres jesuítas y los Padres agustinos, que se ofrecieron á cuidar espiritualmente á los enfermos, y estuvieron en el hospital de coléricos, y distribuyeron recetas contra la epidemia y alimentos y limosnas en grandes cantidades, hasta el ilustrado y celosísimo señor Subdelegado castrense, que juntamente con todos los Capellanes de regimiento y centros militares se ofreció también á prestar su asistencia espiritual á los invadidos, y con su elocuencia y erudición sagrada contribuyó desde el púlpito á tranquilizar las alarmas de todo el pueblo; no hubo un solo cura que no cumpliera con su deber, y aun más que con sus generosos servicios, con su abnegación y su valor cristiano dejase de demostrar lo grande que es y ha sido siempre el sacerdocio católico.

» Los Coadjutores de todas las parroquias asistieron por riguroso turno en el hospital de coléricos durante todo el tiempo que fué necesaria su presencia.

»Los Curas propios auxiliaron personalmente á todos los invadidos en sus feligresías, y organizaron de un modo excelente las juntas parroquiales de sanidad y beneficencia, que particularmente en los barrios de San Ildefonso, San Martín y San Juan Bautista fueron de suma utilidad y caritativo provecho.

»El Párroco de San Juan Bautista, D. Gaspar Francés, y su Coadjutor, D. Jacinto Pedrosa, merecen bien de la religión y de la ciudad entera, porque tuvieron que asistir á



cientos de atacados, y organizaron una cocina que remedió en mucho la aflictiva situación de los enfermos pobres de aquel castigadísimo barrio.

»El Ecónomo de San Pedro, D. José Rivera, en fuerza de luchar con la epidemia porque no le arrebatara las almas de sus feligreses, cayó invadido, y tuvo que sustituirle D. Valentín Blanco, catedrático del Seminario, en tan penosa como santa tarea.

»Lástima que no tengamos noticia de los heroicos actos realizados por todos los sacerdotes de la diócesis, que á juzgar por las que tenemos de tres de ellos todos se han portado como valerosos mártires.

»De nuestro amigo queridísimo D. Vidal de Diego, Párroco de dos pueblos diferentes en ese transcurso de tiempo, hemos oído contar elogios y alabanzas, que no repetimos aquí porque no parezcan apasionadas á las personas que saben los cariñosos lazos que con él nos unen.

»D. Dionisio Vidal, Párroco de Renedo, ha sido una figura piadosamente interesante; pues llegó á enterrar él mismo un cadáver, porque poseído todo el pueblo del mayor terror, no había quien quisiera efectuarlo, y lo que tenía que suceder sucedió, después de una quincena de incesante trabajo, cayó invadido el médico de Renedo, y cayó rendido y jadeante de cansancio el Párroco D. Dionisio Vidal, y tuvo que ir á sustituir á uno y á otro D. Marcelino Nava, catedrático de este Seminario, encontrando al llegar 45 enfermos y asistiendo á 14 y 16 que diariamente caían invadidos, hasta que al onceno día cayó él también (y fué el último), para no reponerse en mes y medio de penosa convalecencia.

»Nos han contado que se portó como un denodado misionero, y que, ora comunicando los Santos Sacramentos, ora dando á los enfermos las medicinas que preparaba en su misma casa, y siempre repartiendo estampas y medallas del Sagrado Corazón de Jesús, logró fomentar los alientos religiosos que su anterior Párroco había infundido en aquellas acobardadas gentes, y aplacar sin duda alguna, con su enfermedad y sus trabajos, las iras del Dios Justo.

»¡Lauros inmarcesibles á todos los apóstoles de la caridad!

»Que cosa muy natural es que tan bizarramente se portaran, inspirándose en el ejemplo de nuestro excelentísimo é ilustrísimo Prelado, que también estuvo dos días un largo rato en el Nosocomial de San Isidro consolando é infundiendo resignación y valor á los coléricos con su piadosa palabra y episcopales bendiciones.

»Los médicos han sufrido mucho y trabajado lo mismo. Todos se han portado admirablemente. Los Sres. Santillana, Redondo y Remolar han pagado al cólera y sus consecuencias con sus vidas. Dignos son de eterna memoria, y de creer es que habrán recibido ya el premio á que se hicieron merecedores.

»Y ya que no sea posible mencionar uno por uno todos los que han salido victoriosos de la campaña, apuntaremos los nombres de dos ó tres tan solamente.

»El ilustrado doctor D. Ildefonso Muñiz Blanco, que estuvo en Peñafiel asistiendo, con singular fortuna, á los cientos de apestados que cayeron invadidos en aquella villa la segunda semana de la epidemia, fué también atacado por el cólera; y después de regresar de aquel campo de desolación y de muerte, ha sostenido en la prensa una brillante batalla contra el sistema ferranista, que también aquí tenía sus adeptos.

»Bravísimo, Sr. Blanco; es necesario que el sentido católico en las ciencias médicas se abra paso triunfal por entre las garrulerías vocingleras de los materialistas é incrédulos. El único defecto que á sus trabajos de Vd. hemos oído sacar es que son científicamente beatos. Pero tenga Vd. en cuenta que esto se lo dicen porque no le pueden decir que sean científicamente erróneos. Que sea enhorabuena.

»Otro amigo nuestro, D. Fernando Toraya; primo hermano del malogrado Sr. Santillana, prestó también valiosísimos servicios, saliendo repetidas veces á los pueblos mayormente epidemiados, y luchando á brazo partido con la muerte por arrancarle, como lo consiguió, con feliz éxito, muchísimas de sus víctimas. El Sr. Toraya también es católico de pura sangre, y á los sentimientos generosos de la juventud reune una serenidad y un aplomo que le realzan muy mucho su laboriosidad y sus talentos.

»El más joven de todos, D. José María Ortiz, ha demostrado en la ocasión presente hasta donde llegan sus singulares disposiciones y sus rarísimas virtudes, que Vd. me-

jor que nadie conoce, y que le han conquistado una reputación y una simpatía excepcionales. Al comienzo de la epidemia escribió en la *Revista del Círculo de obreros católicos* (de que es médico) una especie de profilaxis, titulada Consejos higiénicos que, puestos en práctica, dieron un excelente resultado entre las clases jornaleras. Desarrollado en esta ciudal el cólera, sabemos por buen conducto que tuvo 60 invadidos á su cuidado, y que se le murió sólo uno. Y también sabemos un rasgo suyo, que debemos hacer público, aunque se lastime su humildad bien probada, y aunque se incomode con nosotros.

»Se ha gastado todos sus ahorros en socorrer con medicinas y alimentos á sus enfermos, que la mayor parte eran muy pobres. Ese es Ortiz de cuerpo entero. Excusamos hacer su retrato ni su elogio.

»Alguna cosa quizá se nos olvide; empero es forzoso concluir esta larga epístola.

»Punto, y hasta que Vd. me pregunte, ó á mí me dé la idea de contarle á Vd. otras cosas.

»Le abraza con el pensamiento su amigo del alma, *Constantino Garrán*.»—(Del *Siglo Futuro* del 3 de Noviembre.)

---

Ya hemos dicho en otro lugar que los reverendos Obispos, verdaderos atalayas de Israel, anunciaron la proximidad del peligro en todas partes, dictando disposiciones saludables para combatir con éxito la epidemia tanto en el orden espiritual, como en el económico y hasta médico.

De entre la multitud de pastorales que á mano tenemos escogeremos algunas, muy pocas, para dar idea de este movimiento y del interés que se tomaron por el pueblo fiel. En lugar á propósito veremos algo de lo que hicieron inspirados por su ardiente amor hacia los fieles que tienen á su cuidado, ahora veremos como señalan el peligro, indican con ojo certero sus causas y nos muestran de qué modo se le debe hacer frente y combatirlo, no huyendo cobardemente, ni amilanándose, ni encerrándose en egoista y criminal aislamiento, sino acudiendo á la Providencia, cumpliendo los deberes de caridad y no descuidando los racionales preceptos de la ciencia médica y los no menos racionales de la higiene.

Serían todas dignas de llenar las páginas de este pobre libro.

**Exhortación Pastoral.**—Venerables hermanos y queridos hijos: Hablando ya entre nosotros días ha el cólera morbo por la siniestra y elocuente voz de sus estragos, justo será que se oigan de nuevo los paternales acentos de nuestro consolador Ministerio. El cruel azote abrió por fin la lucha sin piedad en algunas poblaciones subalternas del Arzobispado, y haciendo luégo su declaración de guerra en la ciudad metropolitana y extendiendo después su mortífera acción á muchos pueblos de nuestra familia diocesana, con marcado vigor en ciertas feligresías, ha sembrado por doquiera la inquietud y la angustia reclamando de tantos y tantos hogares copiosas lágrimas é imponiendo á todos los corazones el peso formidable de una tribulación general.

Adorando como siempre, lo primero, los designios soberanos de Dios sobre sus criaturas, y aplaudiendo cual se merece vuestra sumisión á la voluntad divina, escribimos esta exhortación para más y más confortar vuestro espíritu acompañándoos en el dolor, porque son también nuestros hijos carísimos los que han pasado á mejor vida desde que reina la epidemia, y los que continúan sucumbiendo víctimas de la misma. Lloramos con vosotros estas sensibles pérdidas y todos los días elevamos nuestros sufragios por ellos al trono de la misericordia infinita.

Pero en medio de tan profunda aflicción, aunque la muerte hace tan gran cosecha y pasa sobre todas las cabezas su terrible nivel, envolviendo confusamente al rico con el pobre y al pequeño con el grande, siendo todos náufragos de una misma borrasca, regá-



lase nuestra alma sin embargo, considerando el hermoso espectáculo que la caridad divina presenta en el teatro de escenas tan pavorosas.

Como era de esperar de su gloriosa historia en circunstancias análogas, añade ahora nuestro venerable Clero una brillante página, digna de admiración al presente, de estímulo y ejemplo en lo venidero, como legítima y elocuente escuela que enseñe á sus sucesores en el alto ministerio de las almas. Prestando la más esmerada asistencia á sus enfermos, no hay distinción de horas ni tiempos para acudir á su socorro, y algunos párrocos han coronado su carrera muriendo contentos y gozosos poco después de haber auxiliado á sus feligreses para la eternidad. ¡Gloria y bendición á su memoria y eterno aplauso también para la heroica conducta de sacerdotes insignes, á cuyas nobles y meritorias ofertas en el servicio pastoral ha seguido la más pronta obediencia una vez designado el campo de sus arriesgadas labores, donde por cierto hacen prodigios de valor cristiano! Tan visiblemente como todo esto aparece con vigorosa verdad que la condición normal del sacerdote católico es la abnegación y el sacrificio. No en vano han leído en San Pablo nuestros amados cooperadores aquellas admirables palabras dirigidas á los romanos: *¿Quis ergo nos separabit á charitate Christi? tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius?* ¿Pues quien nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación? ó angustia? ó hambre? ó desnudez? ó peligro? ó persecución? ó espada? No... ni otra criatura alguna sea la que quiera podrá separarnos de este amor que nos encadena á Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor: *Neque creatura alia poterit nos separare á charitate Dei quæ est in Christo Jesu Domino Nostro.*

Inspiradas asimismo en el espíritu de caridad evangélica, nacidas y formadas bajo la influencia católica esas asociaciones de ángeles sobre la tierra, son en verdad el encanto de nuestra alma y ornamento de nuestra diócesis las hijas de San Vicente de Paul, las Hermanas de Santa Ana, las Siervas de María, las Teresianas y Mercenarias; porque siendo su vida un vuelo constante hacia su fin último, y llenando su vocación por los caminos trazados en los respectivos institutos, arrebatan la admiración de todos y edifican con sus servicios en los hospitales y en casas particulares arrostrando el peligro cerca de la humanidad doliente, y esperando la muerte de la misma plaga que combaten, alcanzan con frecuencia la palma de su voluntario holocausto, precioso á los ojos de Dios y de los hombres.

Á la inmediación de estas heroínas de la caridad figuran también en el curso del contagio los médicos ilustres, celosos, y peritos profesores, llamados por sus estudios y vigilias á las sagradas tareas de asistir á los enfermos, sobre todo en tiempo de pública insalubridad. Admitan estos nobles funcionarios nuestro paternal saludo y al darles lugar en el cuadro que trazamos sepan que valoramos los riesgos de su carrera y bendecimos la honorífica y cristiana muerte con que varios individuos de su facultad la terminan gloriosamente.

Por último, nos es gratulatorio el observar la vigilancia exquisita de las Autoridades de provincia y de los respetables Alcaldes y Municipios, dedicados con afán á la cuestión vital de la salud pública, y como á su ejemplo adquieren movimiento fraternal y rivalizan todas las clases y condiciones sociales, colectando medios de fortuna y formando reglamentos sanitarios para aliviar la miseria y procurar la salud al enfermo desvalido, representante del mismo Jesucristo.

Ahora bien, venerables hermanos y queridos hijos; despréndese sin duda alguna de este razonamiento que asistimos á un gran espectáculo de actividad cristiana y regeneración moral en que todos á porfía cosechan abundantemente para su salvación eterna. No significa otra cosa el definitivo arreglo temporal de sus asuntos á que tantos se dedican en estos supremos momentos de advertencia é instrucción, la frecuencia de Sacramentos y el ejercicio de la caridad sublime que así confunde con admirable dulzura las categorías del mundo en la morada del enfermo y del mendigo, y la pública piedad, en fin, llevada al mayor extremo de devoción y esplendorosa liturgia, con el lujoso aparato de sus venerandas imágenes en procesión y sus clamorosas rogativas.

Y ¿á quien debemos tales beneficios? Sin vacilar respondemos: Al cólera en instrumento de las manos de Dios para darnos saludables avisos; al cólera, alternador misionero